

FER.—Es bien extraño ¿por qué?

MARCELO, *con serenidad*.—Porque mi padre es un hombre honrado, y mal podría compartir con el Gobierno la responsabilidad de los desfalcos que se han cometido... Además, cómo podía seguir alternando con un Ministro a quien hoy se acusa de haber especulado con la Hacienda Pública... después de haberse apropiado antes la hacienda del prójimo?... Y conste que no quiero hacer cargos al Ministro de Relaciones, que sólo mantiene relaciones con mujeres de dudosa ortografía...

ROBERTO.—Oh! eso es muy diplomático!

ESCENA VIII

Dichos, más DON ANDRÉS y DON ERNESTO que aparecen por la puerta del salón, del brazo.

ROBERTO, *que está al lado de Marcelo, le dice a éste con disimulo tocándole el brazo*—Ahí viene don Ernesto, el marido de Angela.

MARCELO, *haciendo un signo de inteligencia*.—Sí...

D. ANDRÉS, *quien separándose de don Ernesto, se ha incorporado al grupo*.—Roberto, qué hubo al fin de su charada?

ROBERTO.—Los esperábamos.

Se acerca al sofá.

Luz, quiere hacerme el favor (*a Blanca*)... Permítame usted también, un instante (*Ambas se aproximan a él*). Luz, dele usted la mano a Blanca; yo voy a tumbarme en este diván, y ustedes alzarán las manos sobre mi cabeza.

Roberto finge que duerme. Todos rodean al grupo de la charada, simulando hacer esfuerzos de imaginación y cambiando ideas entre sí.

D. ANDRÉS, *con aire de suficiencia*.—Ah! ya dí, nada más sencillo: ellas tienen en muy buena opinión a Roberto... lo estiman mucho. Roberto duerme... luego la solución es evidente: «Cria fama y échate a dormir!»

ROBERTO, *sin abrir los ojos*.—Aunque estoy dormido, permítame don Andrés, que le diga que no ha dado usted en el clavo.

FER.—Entonces esta charada es una indirecta para Luis, que sueña con dos mujeres imposibles: «el que mucho abarca, poco aprieta»...

LUIS.—Ya empiezas...

Se me ocurre una idea!

ROBERTO, *incorporándose*.—Pero es que de verdad estoy soñando?

GRACIELA.—Roberto, nos damos por vencidos.

LUIS.—Sí, basta; que la explique!

DOÑA ENC.—Pronto, Roberto, que me tiene usted inquieta!

BLANCA.—Sí!, sí!

D. ANDRÉS, *solemnemente*—Despeje la incógnita, amigo mío!

ROBERTO, *de pie, con gracioso ademán, señalando a sus dos compañeras*.—Señores: nada tan fácil: *Blanca luz de mis sueños*.

D. ANDRÉS.—Muy bien... muy bien...

DOÑA ENC.—Poética! encantadora! Qué imaginación de muchacho!

D. ERNESTO, *tendiéndole la mano*.—Es muy ingeniosa, Roberto: lo felicito a usted cordialmente.

ROBERTO.—Muy agradecido, D. Ernesto.

GRACIELA.—Cuánto espíritu... sólo a Roberto se le puede ocurrir eso.

FER., *a Graciela*.—Las charadas se encuentran a millones... Es que uno no se pone a ello.

DOÑA ENC., *a Roberto*.—Pero el verso también es suyo?

ROBERTO.—No, señora; es de Manuel Acuña.

DOÑA ENC.—Ah! sí, del poeta Acuña! lo recuerdo muy bien, lo mismo que aquellos otros versos de él que dicen:

Con romanticismo agudo.

«Pues bien, yo necesito
decirte que te quiero,
decirte que te adoro
con todo el corazón!»

D. ERNESTO.—La mesa del baccarat está lista; si a ustedes les parece, vamos... (*A Marcelo*): se nos había perdido usted... Hace mucho que Luis y yo lo esperamos para tirar al blanco... todavía no hemos podido quitarle el récord.

MARCELO.—Lo he sentido mucho, pero me ha sido imposible. Tengo entre manos una defensa por homicidio que me embarga todo el tiempo...

LUIS, *dirigiendo una mirada circular*.—El baccarat nos espera.

ROBERTO, *a Luis, con intención*.—Jugaremos en compañía; tú debes tener una suerte loca...

LUIS.—Para bromitas ya es demasiado...